

LA HISTORIA COMO FUENTE DE LO REAL MARAVILLOSO: VALOR DE LA METADIÉGESIS EN *EL ARPA Y LA SOMBRA*

En su libro *El realismo maravilloso*, la estudiosa brasileña Irlemar Chiampi afirma que la problematización de la perspectiva narrativa y la crítica del acto de contar son el eje central de la renovación del lenguaje ficcional hispanoamericano. Además insiste en la importancia de este hecho en las novelas de lo real maravilloso al señalar que en estos textos se construye el *performance* de la voz a partir del cuestionamiento del *performance* de la perspectiva:

Si entendemos que la perspectiva converge hacia la diégesis (universo ficcional narrado), la función de la voz que pretendemos aplicar al realismo maravilloso se coloca al nivel de la metadiégesis [que] [...] viene a ser [...] el nivel de la narración que habla del relato primero. (Chiampi, 1983: 95)

Aunque es posible hallar este recurso en otras obras de Alejo Carpentier¹ es *El arpa y la sombra* una pieza imprescindible para comprender el valor de la metadiégesis dentro del realismo maravilloso. En la última novela del autor cubano, el cuestionamiento del relato primero adquiere diferentes matices, en consonancia con la pluralidad de voces contantes y sus correspondientes perspectivas, pero siempre estará dirigido a la indagación en la

1 Aunque es menos evidente, aparece también en *El recurso del método* y *Los pasos perdidos*.

vida de Colón y al dilucidamiento de la verdad de su biografía, ya sea con afán enaltecedor o detractor. Además, el propio Colón, como narrador intradieético, se erige en juez de sí mismo y en crítico implacable de sus escritos, muestras primeras del discurso narrativo hispanoamericano.

La obra consta de tres partes: "El Arpa (I)", "La Mano (II)" y "La Sombra (III)". La primera, construida a partir de un narrador omnisciente, abarca el recuento de la vida de Giovanni Maria Mastai-Ferreti, quien sería el Papa Pío IX y el principal alentador de la beatificación de Colón. De su viaje al Nuevo Mundo extrae Mastai la peregrina idea de hacer del Almirante un santo. Como él, se deslumbra el futuro Pontífice ante el entorno recién contactado, y por la vía de la perenne contraposición Allá-Aquí ofrece su propia visión fabulosa del Cono Sur.

Ya en este capítulo aparece, aunque discretamente, el empleo de la metadiégesis, apoyada en el dialogismo interno de la novela. La alternancia de tiempos diversos, frecuente en la obra carpenteriana, hace posible que el Papa Pío IX juzgue una carta escrita por él cuando sólo era un miembro más de la Misión Apostólica llegada a Chile. Disgustado por la insegura situación en que se encontraba entonces, escribió Mastai:

Los actuales gobiernos americanos son gobiernos convulsivos a causa de los cambios continuos a los cuales están sujetos («Sin desearlo fui el Pálido Ángel de los Funestos Vaticinios», murmuraba Su Santidad Pío IX cuando releía una copia de esa carta anunciadora de tantos

acontecimientos dramáticos como se verían en el futuro, conservada hasta ahora por quien hubiese sido el obscuro canónigo de entonces[...]). (Carpentier, 1979: 29)

Su mirada de extranjero deslumbrado va de la naturaleza al modo de vida, de la política al hombre, de la historia a la hagiografía del continente. Es entonces cuando se asombra "de lo exóticos, por así decirlo, que le resultaban sus beatos y santos" (*ibid.*: 35). Después de un minucioso análisis del santoral americano, concluye Mastai que, salvo Santa Rosa de Lima, no hay ningún santo de acá poseedor de rango universal. Es en este punto que la voz del eclesiástico se superpone al discurso del narrador omnisciente para formular su anhelo de beatificar al intrépido genovés:

No. Lo ideal, lo perfecto, para compactar la fe cristiana en el viejo y nuevo mundo, hallándose en ello un antídoto contra las venenosas ideas filosóficas que demasiados adeptos tenían en América, sería un santo de ecuménico culto, un santo de renombre ilimitado, un santo de una envergadura planetaria, incontrovertible, tan enorme que, mucho más gigante que el legendario coloso de Rodas, tuviese un pie asentado en esta orilla del continente y el otro en los finisterres europeos, abarcando con la mirada, por sobre el Atlántico, la extensión de ambos hemisferios. Un San Cristóbal, Christophoros, Porteador de Cristo, conocido por todos, admirado por los pueblos, universal en sus obras, universal en su prestigio. (*ibid.*: 36)

Algo más adelante se emplea nuevamente la metadiégesis, pero esta vez Pío IX juzga sus dudas ante el caso de la beatificación de Colón. Dudas menos explicables si se piensa en los años que lleva esperando por materializar su sueño. Con la alternancia de presente y pasado y utilizando las manos como elemento de enlace entre los dos tiempos, el narrador omnisciente revela el pensamiento de Mastai con breve explicitación de la voz del Papa:

Se cubrió el rostro con las *manos*, en esa noche tendida sobre la inmensidad del Cabo de Hornos, para ahuyentar de su mente una idea que, por lo enorme, rebasaba sus posibilidades de acción... Sí. Aquella noche memorable se cubrió el rostro con las *manos*, pero esas *manos* eran las *mismas* que *ahora* vacilaban entre el tintero y

una pluma, *manos* estas que eran las de Su Santidad el Papa Pío Nono. ¿Por qué esperar más? (*ídem*)²

Con la apertura del proceso beatificador de Colón, cierra la primera parte y, como si se recorriese un telón, se abre la segunda, con un extenso monólogo del Almirante moribundo, que será cortado, en su transcurso, por innumerables voces.

Desde las páginas iniciales de esta sección, el propio Colón nos advierte de su dualidad carnal y espiritual, deseosa su alma de librarse de un cuerpo que ha sido residuario de todas las miserias terrenas y ansioso aquél, pese a todo, de apegarse a la vida. Desde este momento, el narrador intradieético comienza un discurso de arrepentimiento y autocensura, preparador de su confesión final, que cuestionará todos los avatares de su vida, desde su oscuro linaje hasta la verdadera dimensión de su empresa descubridora.

A través del equilibrado y riguroso juego historia-ficción consigue Carpentier revelar la existencia de quien fue, sobre todo, un hombre de su tiempo, y cuyo paso por el reino de este mundo estuvo marcado por las virtudes y defectos de su época.

Si se tiene en cuenta que la conjunción de ambos discursos –el histórico y el ficticio– es utilizada para esclarecer un hecho aparentemente irrefutable –la supuesta santidad de Colón– y que la historia aparece tratada como un todo cultural de múltiples significados enjuiciados desde la ficción, puede decirse que *El arpa y la sombra* es, también, una novela donde se emplea lo que Alfonso de Toro ha denominado «intrahistoria», en su análisis sobre la postmodernidad literaria hispanoamericana:

A través de este procedimiento se interpretan [...] las contradicciones, la pluralidad, las rupturas y la discontinuidad de la historia y de la cultura latinoamericana [...] [y] se hace accesible la cultura de este continente a un lector ajeno. (De Toro, 1991: 467)

La metadiégesis es, en la segunda parte, no sólo el nivel del relato que habla del relato primero, no sólo el autoexamen de conciencia del narrador intradieético Cristóbal Colón; es también el enjuiciamiento de la historia desde la ficción.

El Colón de Carpentier, “arrepentido hoy de lo hecho ayer”, asegura que debajo de su cuerpo esmirriado por la enfermedad y la fatiga “está el yo de lo hondo, aún claro de mente, lúcido, memoriado y compendioso que habrá de relatarnos desde un presente inmediatamente anterior a su muerte, hechos ocurridos en un pasado distante ya algunos años y que se ven bajo otra luz por la distancia que media entre lo hoy contado y lo ayer acontecido y relatado”. (Carpentier, 1979: 44)

El providencial y ficticio Maestre Jacobo, que informa a Colón sobre qué hallará navegando hacia el Oeste, sirve para que Carpentier otorgue estatura humana a la empresa colombina, pues el genovés bien pudo tener alguna referencia de las navegaciones vikingas, aunque sus biógrafos no se hayan puesto de acuerdo al respecto (Padura Fuentes, 1985: 18-19).

Cuando el Colón ficticio confiesa haber tenido noticias de la Vinlandia y haberlas callado para salvaguardar su gloria de Descubridor, no sólo está cuestionando éticamente su comportamiento de entonces, también está ofreciendo una nueva –y posible– versión de la verdad (mítica) histórica. A partir de la dualidad verdad/mentira se pone en tela de juicio lo que se ha tenido por cierto en la historiografía del Descubrimiento hasta el siglo XIX (I parte) y –por qué no– hasta el propio siglo XX. A través de un inteligente trabajo con el lenguaje «arregla» Carpentier el habla colombina de tal modo que, sin perder la necesaria vinculación con los textos producidos por el ser histórico, lo relaciona con el español de la época y con determinadas prácticas sociales y acontecimien-

2 Los subrayados son míos.

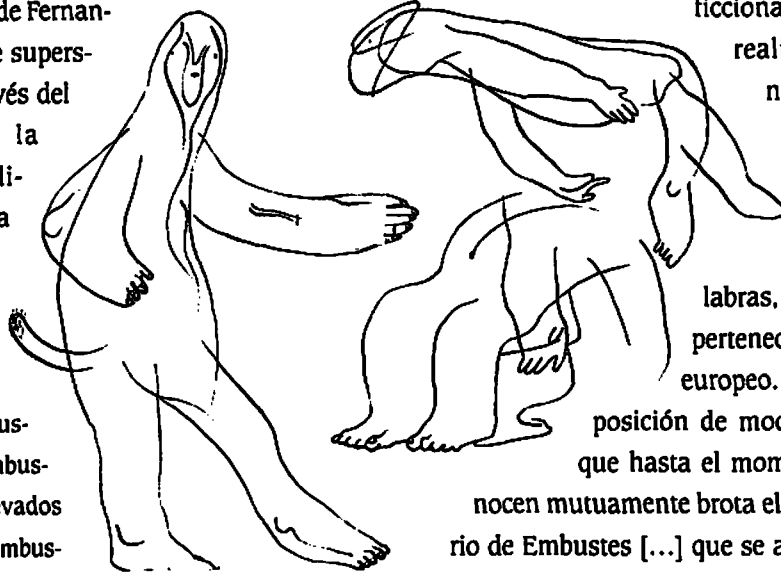
tos que nutrieron la literatura española renacentista. Reconoce el Colón carpenteriano su talla mayor de embustero y hace pensar al lector en obras que le fueron contemporáneas en vida, como *La Celestina* (1499), de Fernando de Rojas, recreadora de supersticiones medievales, a través del uso implícito de la intertextualidad, procedimiento reforzador de la metadiégesis:

Diré, sí, diré que mirándome a mí mismo en hora postrera, hallo que otros, menos embusteros, mucho menos embusteros que yo, fueron llevados a enrojecer sus pálidos embustes en tablado mayor de Santo Oficio. Porque bien poco pesan los embustes de quienes engañan al mozo enamorado vendiéndole filtros de amor, aconsejan manejos de menuda hechicería para propiciar tratos deshonestos, recetan untos de oso, de culebra, de erizo, polvo de cementerio, cocimientos de corteza de espantalobos, de pico de oro y hoja tinta. (Carpentier, 1979: 62)

La antítesis verdad/mentira se hace mayor a medida que la proximidad del viaje se acerca. Su "natural vocación de farsante" (*Ibid.*: 127) lo hace ir de corte en corte, sin importarle quiénes serán beneficiados por sus navegaciones. Despliega un Tinglado de Maravillas que, como señala Roberto González Echevarría, es una alusión intertextual al *Retablo de las maravillas* de Cervantes, que, si bien resulta anacrónico en boca de Colón,

responde perfectamente a los propósitos del autor. (González Echevarría, 1991: 119-134)

Cuando el Colón ficticio encara críticamente sus relaciones, contentivas de las peripecias de sus cuatro viajes, resulta evidente el proceso de ficcionalización de la realidad americana, de sustitución de lo recién descubierto por términos, palabras, imágenes, que pertenecen al referente europeo. De esta contraposición de modelos distantes que hasta el momento se desconocen mutuamente brota el "vasto repertorio de Embustes [...] que se abre en la fecha del 13 de octubre, con la palabra oro"



(Carpentier, 1979: 88).³

No se trata sólo de contraponer los parámetros europeos al Nuevo Mundo, sino de adaptar éste a los patrones asiáticos adquiridos por el Colón histórico a través de sus lecturas. Patrones que intentará verificar en la realidad a toda costa, porque de ello dependen su credibilidad en Europa, su seguridad vital y material y el apoyo para futuros viajes. Es por ello que Carpentier hace decir al Colón novelesco:

Es esta la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto..., y por ahí seguimos, con afinación de epitalamio. En cuanto al paisaje, no he de romperme la cabeza: digo que las montañitas azules que se divisan a lo lejos son como las de Sicilia, aunque en nada se parecen a las de Sicilia. Digo que la hierba es tan grande como la de Andalucía en abril y mayo, aunque nada se parece, aquí, a nada andaluz. Digo que cantan ruiseñores donde silban unos pajaritos que más parecen gorriones [...] No he visto árboles de especias y auguro que aquí debe haber especias. Hablo de minas de oro donde no sé de ninguna. Hablo de perlas.

³ Para comprender con mayor claridad este proceso de ficcionalización del referente histórico americano, véase Pastor, 1984: 58.

muchas perlas, tan solo porque vi algunas almejas «que son señal de ellas». Sólo he dicho algo cierto: que aquí los perros parece que no ladran. Pero con perros que ni siquiera saben ladrar no voy a pagar el millón que debo a los malditos genoveses de Sevilla, capaces de mandar su madre a galeras por una deuda de cincuenta maravedís. (*Ibid.*: 92)

Hay toda una intención paródica, cargada de fino humor en las palabras citadas. Junto a la crítica implacable del *Diario* del primer viaje y al desenmascaramiento de los reales propósitos que alentaban Colón y sus seguidores, ofrece el autor la imagen de un navegante desorientado, perdido en un mundo nuevo que no se encuentra en los mapas por él consultados, pero deseoso de mantener su autoridad de Gran Almirante a todo trance. Como el Colón histórico, el Colón de Carpentier cree firmemente haber llegado al Asia, aun cuando se confiese a sí mismo su inseguridad: "Y lo peor de todo es que no tengo la menor idea de dónde estamos; esta tierra de Colba o Cuba lo mismo puede ser el extremo meridional de la Vinlandia, que una costa occidental de Cipango". (*Idem*)

Del empleo de la metadiégesis en la novela se desprende otro aspecto importante: el drama padecido por el Colón histórico y confesado por el literario ante la impotencia del idioma español para designar la realidad americana. Recuerdan las palabras del genovés inquietudes experimentadas por Carpentier en cuanto a los mecanismos expresivos a utilizar en la narrativa para otorgar al continente rango universal, y que le condujeron, luego de un largo proceso de aprendizaje y escritura, a sus definiciones sobre el barroco y lo real maravilloso americano:⁴

Había que describir esa tierra nueva. Pero, al tratar de hacerlo, me hallé ante la perplejidad de



quien tiene que nombrar cosas totalmente distintas de todas las conocidas —cosas que deben tener nombres, pues nada que no tenga nombre puede ser imaginado, mas esos nombres me eran ignorados y no era yo un nuevo Adán, escogido por su Creador para poner nombres a las cosas. Podía inventar palabras, ciertamente, pero la palabra sola *no muestra la cosa*, si la cosa no es de antes conocida [...] Pero aquí, ante el admirable paisaje que contemplaba, sólo la palabra *palma* tenía un valor de figuración [...] Un retórico, acaso, que manejara el castellano con mayor soltura que yo; un poeta, acaso, usando de símiles y metáforas, hubiesen ido más allá, logrando describir lo que no podía yo describir. (Carpentier, 1979: 90)

El extenso fragmento explica también por qué Colón ficcionaliza cuando asegura dar testimonio fiel de las tierras que encuentra a su paso. No se trata sólo del interés comercial que lo forzaba a justificar el destino de su viaje y a hallar correspondencias entre lo realmente visto y lo referencialmente conocido sobre el fabuloso mundo asiático. Ni sus conocimientos del castellano, ni el propio idioma, eran suficientes para denominar lo innombrado hasta entonces, o por lo menos denotado en lengua desconocida por él y por la cultura de la que proviene.

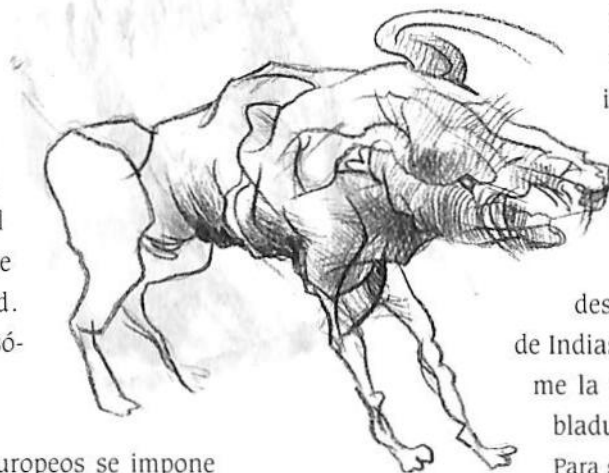
4 A. Carpentier, "Lo barroco y lo real maravilloso", en *Ensayos*, pp. 108-126.

Además, el Colón novelesco está reconociendo los defectos estilísticos presentes en sus textos, porque fueron redactados no por un hombre de letras sino por un marino que, consciente de la trascendencia histórica de la aventura por él iniciada, quiere dar fe de ello no sólo ante sus monarcas sino a los siglos venideros.

El procedimiento metadieético en esta pieza narrativa acude frecuentemente a la parodia, logrando una visión carnavalizada de la historia, que si bien se contrapone a la supuesta veracidad de los textos historiográficos propiamente dichos, funciona perfectamente dentro de la verosimilitud del relato. El fino humor que recorre la novela va, en su afán desmitificador, desde una imagen poco halagadora de importantes personajes históricos españoles⁵ hasta las rencillas personales existentes entre el Almirante

y sus subordinados⁶ pasando por las ridículas ceremonias de toma de posesión en las islas antillanas, que se muestran al lector despojadas de toda solemnidad. Nuevamente lo insólito de un mundo que no coincide

con los modelos europeos se impone



con la fuerza de los hechos a las intenciones sojuzgadoras extranjeras:

¡Cortes de monarcas en pelotas! ¡Inconcebible cosa para quien la palabra «corte» sugiere, de inmediato, una visión de alcázares, heraldos, mitras y terciopelos [...] Y ante tales reyes [...] hacía yo mis ceremonias acostumbradas: alzaba la bandera de mis monarcas cristianos, cortaba algunas ramas y hojas con mi espada, proclamaba por tres veces que tomaba posesión de la tierra en nombre de sus Altezas, estando dispuesto [...] a responder con mi acero a quien me lo demandare [...], pero lo exasperante [...] era que, después de mis genuflexiones, proclamas y arrogantes retos a demandantes que nunca aparecían, todo quedaba igual que antes [...] Nada cambiaba, nadie combatía. Nadie parecía hacer gran caso de nuestras ceremonias, actas y proclamas. Parecían decirse, unos a otros –y a veces con alguna enojosa risa–: «Que sí; que no hay inconveniente. Por nosotros... ¡que sigan!». (*Ibid.*: 96)

En el cruce de voces que se produce continuamente a lo largo de toda la segunda parte, se ven implicados personajes como la Reina Isabel, Martín Alonso o Juan de la

Cosa, aunque además está la voz colectiva de los tripulantes gallegos y vizcaínos, casi siempre en discurso indirecto y en perenne contrapunto con los criterios del Almirante. Pero es precisamente Isabel la Católica, con la lógica implacable de que la dota Carpentier, quien desmonta el espectáculo de maravillas de Indias ofrecido por Colón, y a su vez asume la voz de la corte al sintetizar las habladurías palaciegas:

Para serte franca, se dice que para traer

5 *Ibid.*, pp. 67, 71 y 74. El Colón de Carpentier la emprende con los Reyes Católicos, particularmente con Fernando de Aragón. En la p. 70 dice, a propósito de Alfonso VI, que no faltaban en España “renegados de toda laya, agarenas, que de madres a hijas, se habían ayuntado con cristianos, agarradas por donde yo sé, como o estuvo el Rey Alfonso el Sexto, quien, antes de fornicarse a su hermana, Dona Urraca –iqué familias, Señor!– tuvo de concubina, por largo tiempo, a la famosa Zaida, mora sevillana”.

6 *Ibid.*, pp. 82 y 92-93. En la p. 97 afirma Colón: “Cinco, seis, siete reyes de estas islas habían venido a rendirme pleitesía, o al menos así lo interpretaba yo, aunque los malditos vizcaínos de Juan de la Cosa dijeran que sólo venían para verme la cara”.

siete hombres llorosos, legañosos y enfermos, unas hojas y matas que para nada sirven [...] y un oro que se pierde en el hueco de una muela, no valía la pena haber gastado dos millones de maravedís [...]

Ahora habrá que fletar naves, conseguir dinero, retrasar la guerra del África, para plantar nuestro estandarte –no queda más remedio– en unas tierras que no son de Ofir, ni son de Ofar, ni son de Cipango... Trata de traer más oro que el que trajiste, y perlas y piedras preciosas, y especias. Entonces creeré en muchas cosas que todavía me huelen a embustes de los tuyos. (*Ibid.*: 109-110)

Asimismo la voz de Dieguito, el único aborigen que sobrevivió a la presentación ante la corte, citada en discurso indirecto por Colón, funciona como vehículo expresivo de la visión del otro, del vencido, si bien todavía América no ha sido conquistada. De nuevo se evidencia el choque de modelos contrarios, pero esta vez se ofrece desde el ángulo opuesto, contribuyendo a afirmar los valores de un mundo que, aun siendo desconocido por los europeos, tiene peculiaridades y valores muy legítimos.

Además, Dieguito y sus compañeros, por las negativas experiencias adquiridas en su viaje, distan mucho del «noble salvaje» que tanto permeará futuras filosofías, y muestran haber perdido su inicial ingenuidad, erigiéndose en jueces de sus captores:

Por Dieguito, el único que me quedaba, supe que esos hombres ni nos querían ni nos admiraban: nos tenían por pérfidos, mentirosos, violentos, coléricos, crueles, sucios y malolientes, extrañados de que casi nunca nos bañáramos, ellos que, varias veces al día, refrescaban sus cuerpos [...] Decían que nuestras casas apestaban a grasa rancia; a mierda, nuestras angostas calles; a sobaquina nuestros más lucidos caballe-



ros y que si nuestras damas se ponían tantas ropas [...] era porque, seguramente, querían ocultar deformidades y llagas que las hacían repulsivas [...]; se ahogaban en nuestros estrechos aposentos, y se figuraban que nuestras iglesias eran lugares de escarmiento y espanto por los muchos tullidos, baldados, piojosos, enanos y monstruos que en sus entradas se apiñaban.

(*Ibid.*:111)

Dieguito, en su largo discurso de censura al modo de vida español, aun sin hacer demasiado énfasis en las virtudes de su tierra, expresa la voluntad de una cultura de resistencia. A partir de sus propias vivencias brota su incompreensión de la doctrina cristiana: rechazan la idea del pecado original porque, como Adán y Eva, ellos también gustan de los buenos frutos de todos los árboles. No aceptan a la serpiente como encarnación del mal porque en sus tierras no hay reptiles venenosos. La desnudez no es vergonzosa porque en su escala de valores no entra la noción de pecado carnal.

El punto culminante de las refutaciones aborígenes a la fe que pretenden inculcarles, lo construye Carpentier a partir de un hecho real que conoció en sus viajes por la cuenca del Orinoco, un intento catequizador de indios piaroas (Carpentier, 1987: 101) lo cual enriquece el contenido paródico del referido pasaje: “Además, lo de una serpiente con manzana en la boca les hacía reír enormemente

porque –según me explicaba Dieguito– «culebra no come frutas»” (Carpentier, 1979: 112).

Como cierre de esta segunda parte reaparece, una vez más, el procedimiento metadieético, pero con otro matiz: ya no juzga Colón sólo sus acciones y sus escritos, que constituyen el relato primero, sino además su prolongado monólogo examinador, su decisión de decirlo todo, de contar toda la verdad. Entonces la voz de Colón está juzgando dos perspectivas que le corresponden: la «verdad» consagrada por la escritura historiográfica y la verdad presente en su extenso ajuste de cuentas consigo mismo, optando, al final, como buen actor, por la primera de ellas:

...Y ya me busca la cara, el confesor, [...] mirándome a los ojos. Se alza la cortina sobre el desenlace. Hora de la verdad, que es hora de recuento. Pero no habrá recuento. Sólo diré lo que, acerca de mí, *pueda quedar escrito en piedra mármol*. De la boca me sale la voz de *otro* que a menudo me habita. El sabrá lo que dice... *haya misericordia agora en el cielo y llore por mí la tierra*. (Ibid.: 132)

La tercera parte, La Sombra, es, en su totalidad, una revisión metadieética de las dos anteriores. La plurivocidad que acontece en ella juzga la existencia de Colón desde distintos ángulos, ya sea a través de la voz del postulador, eco de la idílica biografía escrita por Roselly de Lorgues, o por medio de los distintos testigos convocados por el auto sacramental. En este sentido funciona eficazmente la mención intertextual de pasajes extraídos

de escritos de Fray Bartolomé de las Casas, quien acude para declarar en contra del Almirante. Asimismo aparece el fragmento del Eclesiastés, cuya lectura, según reza en varios textos históricos, lo hizo renunciar a la posesión de encomiendas y consagrarse a la defensa de los indios.⁷

Es en esta sección de la novela donde la ironía y la parodia alcanzan dimensiones realmente antológicas, pues no sólo se contribuye a desmitificar eficazmente la figura de Colón, sino que se carnaliza toda la burocracia del Vaticano y el propio proceso canonizador. Desde el extenso diálogo entre el seminarista y el sabio bolandista hasta las líneas finales, se asiste a una demoledora visión de dicho proceso, que lleva al lector

de la sonrisa a la carcajada. El humor aquí brota sobre todo de la insólita asociación entre lo sagrado y las menos nobles prácticas terrenales:



Aún no había sido introducida la causa de Cristóbal Colón y ya el Conde Roselly de Lorgues estaba pidiendo dos aureolas más: una para Juana de Arco y otra para Luis XVI

–«Mira: si una beatificación de Juana de Arco me parece muy posible, la de Luis XVI es tan probable como la de la puta de tu abuela». –«Gracias». –«Además, habría que poner un coto a eso de las postulaciones. Nosotros somos algo más que una manufatura de imágenes piadosas [...]» –«¿Cómo ve usted la causa de Colón?» –preguntó el seminarista. –«Mal. En la timba que tienen los alabarderos suizos en su cuerpo de guardia, las apuestas a favor de Colón están [...] a una contra cinco». –«Sentiría que fuese rechazado [...]» –«¿Porque apostaste por él?» –«No. Porque

7 Ibid., p. 150. Véase también E. Matus, 1963: 31.

no tenemos un solo santo marinero». (Carpentier, 1979: 136)

Donde lo carnavalesco bajtiniano alcanza límites verdaderamente delirantes es en el pasaje contentivo de los empeños del seminarista en hallar algún hueso del marino genovés para incorporarlo a la ya copiosa lipsonoteca vaticana. Haciendo un resumen muy apretado del itinerario seguido por los restos de Colón, llevados y traídos por la marea de la historia, se despoja a la muerte de toda solemnidad, para ser asumida como un hecho rutinario, burocrático. La confusión que se produce en torno a la autenticidad de los restos del Almirante, avvicinados con los de sus parientes, desemboca en una irreverente visión de su pretendida santidad:

Y empiezan los jodedores de siempre a decir que si esos no son los restos de Colón I sino los de Colón II, y que si los de Colón I siguen en Cuba, y un cura venezolano publica un sonado folleto acabando de enredar el pleito [...] Total: que no acaba de saberse si los huesos de Colón I no serán los de Colón II, o que si los de Colón II no serán los de Colón I, y a mí que no me pregunten, y que eso lo resuelva la Sacra Congregación de Ritos, que para eso está, porque entre tanto no me entra aquí una sola clavícula, un radio, un cúbito de Colón que no haya sido debidamente autenticado. Esto es una Lipsonoteca seria, y no se pueden aceptar [...] [huesos] de cualquiera [...] Y, en cuanto a mí, no voy a pararme entre dos ataúdes para jugar al juego de: Tin-Marín-Dedó-Pingüé-Cúcara-Mácara-Títere-Fue. (*Ibid.*: 139)

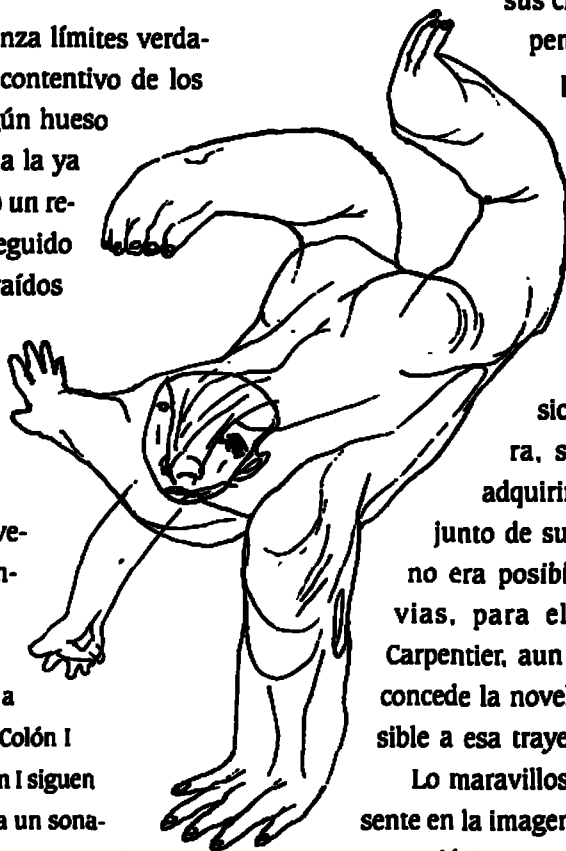
Luego del fracaso de la causa de Colón, queda establecida su real dimensión humana, desmitificándose así su biografía y una buena parte de la historia de América, la relativa a su encuentro con la cultura europea. Ese proceso desmitificador no significa, en modo alguno, una negación, por parte del autor, de las esencias maravillosas de la historia del continente, definida por él en su prólogo a *El reino de este mundo* como una crónica de lo real-maravilloso. De la incompreensión de Colón brota la imagen de un mundo nuevo, que no le

fue profundamente revelado porque sus claves no pueden ser penetradas desde una perspectiva exótica, fiel a patrones foráneos que poco o nada tienen en común con él.

Había que vivir en su espacio físico, conocer su cultura, sus peculiaridades, adquirir una visión de conjunto de su complejidad, y eso no era posible, por razones obvias, para el Colón histórico. Carpentier, aun con la libertad que concede la novela, fue fiel en lo posible a esa trayectoria.

Lo maravilloso también está presente en la imagen fabulosa de los reinos asiáticos, que si bien es tratada sólo al nivel de la subjetividad de Colón, posee nexos con la realidad, pues recrea un hecho cierto, las incontables riquezas que atesoraban los monarcas orientales. No debe pasarse por alto el hecho de que si en el prólogo a *El reino de este mundo* (1949) Carpentier define lo real-maravilloso como patrimonio exclusivo nuestro, en la segunda versión de dicho texto (1964) lo extiende a otras culturas con las que contactó posteriormente, por lo que en la novela que nos ocupa tiene un valor mayor que el aparental.

Lo maravilloso se da también por el acostumbrado procedimiento de la comparación Allá-Aquí, y por la introducción de los contextos, especialmente los de desajuste cronológico, los culturales y de distancia y proporción (Padura Fuentes, 1994: 388-389).



Pero hay algo más. Si partimos de que Carpentier en su novelística y en sus piezas teóricas identificó reiteradamente lo maravilloso con lo insólito, y que algunos estudiosos de su obra, al intentar deslindar las fuentes de lo real-maravilloso, le conceden especial atención al hombre, ¿no es Cristóbal Colón, con sus virtudes y defectos, un hombre real-maravilloso? ¿No protagonizó, acaso, acontecimientos absolutamente excepcionales, insólitos? Porque si bien el marino genovés no fue, en modo alguno, un santo, es justo reconocer su inteligencia, su arrojo, su ambición, su laboriosidad, su tenacidad para materializar sus aspiraciones.

Ciertos son sus errores, su incompreensión del mundo que descubrió, que de hecho no lleva su nombre, pero eso no mengua la humana trascendencia de su vida y de su empresa. Es por ello que puede decirse que el escritor, desmitificando a Colón, más que rebajarlo en estatura, lo magnifica, y revela la insólita coexistencia, en una misma persona, de las buenas cualidades y los defectos menos aptos para complementarse. Es así que el procedimiento metadieético contribuye a la enunciación de lo real-maravilloso.

Por tanto, resulta sorprendente que un crítico tan sagaz como González Echevarría, al reconocer en Colón elementos autobiográficos de Carpentier —que son ciertos—, identifique a ambos con el común denominador de embusteros, afirmando que, con Colón, Carpentier confiesa que ha mentado, y por tanto, niega la validez de los postulados que alentaron su obra anterior (González, *Op. cit.*). Si como ya se ha visto, códigos acostumbrados de revelación de lo real-maravilloso

—como la naturalización de lo mágico, por ejemplo— no aparecen en esta obra, eso no significa, en hora de balance, una renuncia. Antes bien, la gran metáfora de la historia que es esta novela reafirma una vez más la fidelidad de Carpentier a su método creador, lo que no se traduce, en modo alguno, como estancamiento literario sino como acercamiento a las nuevas rutas de la ficción en el continente.

Valen aquí estas palabras de Djelal Kadir a propósito de otras obras y otros autores pero perfectamente aplicables a *El arpa y la sombra*:

La apertura del lenguaje significa la apertura y la humanización de la historia [...] El lenguaje poético es a fin de cuentas mecanismo desenmascarador, descubridor, que se transforma en homología estructural de la metahistoria [...]; que desconstruye a la historia arrancándola del mito petrificado del historiador para devolverla al hombre, transformándola así en proceso vivencial, en memoria del porvenir; no en acto mudo de gesticulador, sino en energía en gestación y perpetuo renacimiento. (Kadir, 1984: 301) LC

BIBLIOGRAFÍA

- Carpentier, Alejo. "Lo barroco y lo real maravilloso", en *Ensayos*, pp. 108-126.
- _____. (1987). "Sobre su novelística", en *Conferencias*, La Habana, Letras Cubanas.
- _____. (1979). *El arpa y la sombra*, La Habana, Letras Cubanas.
- Chlambi, Irlemar (1983), *El realismo maravilloso*, Caracas, Monte Ávila.
- De Toro, Alfonso (1991), "Postmodernidad y Latinoamérica (con un modelo para la narrativa postmoderna)", en *Revista Iberoamericana*, No. 155-156, abril-septiembre.
- González Echevarría, Roberto (1991), "Últimos viajes del peregrino", en *Revista Iberoamericana*, no. 154, enero-marzo.
- Kadir, Djelal. (1984), "Historia y novela: trammatización de la palabra", en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana* [selección y prólogo: R. González Echevarría], Caracas, Monte Ávila.
- Matus, E. (1963), *Literatura hispanoamericana de la conquista y la colonia* [Antología], La Habana, Editora del Ministerio de Educación.
- Padura Fuentes, L. (1985), *Colón, Carpentier, la Mano, el Arpa y la Sombra*, La Habana, Imprenta "André Volsin", Empresa Nacional de Producción del Ministerio de Educación Superior.
- _____. (1994). *Un camino de medio siglo: Carpentier y la narrativa de lo real maravilloso*, La Habana, Letras Cubanas.
- Pastor, B. (1984), *El discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas.